



PAZ Y BIEN  
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Jueves Santo  
21- IV- 2011

Textos:

Ex.: 12, 1-8. 11-14.

I Cor.: 11, 23-26.

Jn.: 13, 1-15.

“Él..., los amó hasta el fin”.

La liturgia vespertina de la Cena del Señor pone en evidencia tres misterios: *la institución de la Eucaristía, la institución del Sacerdocio, el mandamiento de Jesús sobre el amor fraterno.*

La lectura del Éxodo, nos recuerda la liberación del pueblo judío de la esclavitud en Egipto, celebra el paso liberador de Dios. El cordero, su sangre y la comida ritual antes de salir hacia la libertad, anunciar al verdadero Cordero y a la auténtica liberación que el Señor con su sangre nos ganó.

Varias veces los evangelios nos hablan del precepto del amor enunciado por Jesús. Pero es en la Última Cena cuando Él se dirige particularmente a sus apóstoles para exhortarlos al amor recíproco.

También, en el contexto de la Cena, Jesús realiza un gesto que “descoloca” a los apóstoles, especialmente a Pedro: *les lava los pies*, esta actividad que era propia de los esclavos repugna a Pedro: “¡Tú jamás me lavarás los pies a mí!”. Y el Señor les responde con una catequesis sobre el servicio, los exhorta a ser servidores unos de otros como signo del mandamiento del amor.

San Pablo nos dice que el Hijo de Dios al hacerse hombre *tomó la condición de esclavo* (Cfr. Flp. 2, 7-8), “se despojó de su esplendor divino: se arrodilla, por decirlo así, ante nosotros, lava y enjuga nuestros pies sucios para hacernos dignos de participar en el banquete nupcial de Dios” (Benedicto XVI, Jesús de Nazaret).

El evangelio de Lucas nos trae un episodio que nos ayuda a comprender mejor el gesto del Señor; es la contienda que se suscita entre los apóstoles: “Surge entre ellos una discusión: ¿quién podría ser considerado el más grande?” (Lc. 22, 24). Para combatir y corregir a sus discípulos, Jesús realiza un gesto bien concreto que pone a sus ojos lo que les había ya enseñando en otras ocasiones sobre quien es el primero (Mt. 18, 4). Y les enseña que “querer ser grande es hacerse servidor, al modo del Hijo del hombre que no ha venido para ser servido sino para servir” (J. Galot, s. j.).

El Señor, que conoce el corazón humano, sabe que *cuando el apetito por el poder se desmadra, se transforma en un grave impedimento para amar*, porque el poder, cuando no se hace servicio, induce al orgullo y al deprecio del derecho; la violencia y la mentira se transforman en tácticas permanentes.

Jesús sabía que cuanto mayor es el poder, tanto más fuerte es la tentación de ir por el camino fácil, es decir, por el camino de la violencia” (R. Guardini) y la mentira.

La perversión del poder trae perversión del mismo ser humano, se enferma el espíritu y adopta actitudes, como la de castigar, descalificar; el que ostenta así el poder es rencoroso, considera peligrosa la debilidad y no lo frena el pudor de mentir, en especial cuando asegura que piensa en los pobres y débiles, aunque poco le importan. Recordemos el episodio cuando María ungió con perfume los pies de Jesús y Judas reacciona preguntando: ¿Por qué no se vendió este perfume (...) para dárselo a los pobres? Dijo esto no porque se interesaba por los pobres, sino porque era ladrón y, como estaba encargado de la bolsa común robaba lo que se ponía en ella” (Jn. 12, 5-6). Hermanos lo que se pierde en el abuso del poder es el sentido de la *humildad*.

Lo que Jesús trata de enseñarnos, en el lavatorio de los pies, es que la humildad es una virtud de fuerza y no de debilidad. “En su sentido originario, humilde es el fuerte, el magnánimo, el audaz. Dios mismo es el primero que adopta la actitud de la humildad, haciéndola así posible al hombre” (Id.).

Hermanos, toda la existencia de Jesús es una trasposición del poder a la humildad. Esta virtud es la que deben tener los dirigentes y gobernantes.

El Señor con sus gestos y palabras quiere preparar a Pedro para la misión y lo pone claramente de frente al dilema: separase de Él, o admitir el gesto y entrar en una disposición y mentalidad que implica: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Afortunadamente Pedro sin vacilación acepta el humilde servicio del Señor.

Dios siempre está más dispuesto a dar que nosotros a recibir.

Después de hacer el humilde gesto de lavar los pies a sus discípulos, se pone no sólo como modelo: “Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que Yo hice con ustedes”; sino que es causa y principio de un amor nuevo: Él es el origen, el motor, la energía de su mismo amor, y hace a sus discípulos capaces de seguir el camino del amor perfecto (Cfr. J. Galot).

La nueva fuerza del amor que Jesús les ofrece a los apóstoles y a nosotros, nos permite superar los límites que provienen de la mezquindad de nuestro corazón, que debe ser transformado por la gracia del amor redentor, librándolo de todo orgullo y egoísmo. Su amor hasta el extremo es lo que nos purifica y nos lava. Es su amor servicial el que nos saca de nuestra soberbia y nos hace capaces de Dios, nos hace “puros”.

Amar es lo que tantas veces no tenemos. Por ejemplo: tiempo, paciencia, coraje, virtud, formación y hasta la propia salud.

Hermanos, en la liturgia de estos días santos, el Amor se nos manifiesta en la persona del Señor, en su apertura de acogida y donación.

En los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena se revela *la esencia del cristianismo*; la novedad del cristianismo solamente puede venir del don de la comunión con Cristo, del vivir en Él; en definitiva, “ser cristiano es ante todo un don, pero que luego se desarrolla en la dinámica del vivir y poner en practica este don” (Benedicto XVI, op. cit.). Servicio y humildad son palabras claves del Evangelio, de todo el Nuevo Testamento.

Pidamos al buen Dios que “nuestro amor se haga silencio y serenidad, fortaleza y alegría de donación” (Mons. Pironio).

Amén

G. in D.